

de 1559 aconsejaron en sus exaltados discursos al pueblo que destruyera los conventos y las imágenes y estatuas de las iglesias. La regente no pudo reunir tropas bastantes para resistir; los reformadores eran los mas fuertes y al frente de ellos penetró Murray triunfante en la capital. Debe, sin embargo, hacerse constar en honor de Knox y de sus partidarios, que á pesar de su fanatismo y de su apasionamiento, no se hicieron culpables de ningun acto de efusion de sangre, ni pensaron en hacer sufrir á los católicos la persecucion de que ellos habian sido objeto por parte de estos. Pero la lucha no estaba todavía definitivamente terminada; la regente pidió

y obtuvo de Francia tropas que pusieron sitio á Leith, puerto de Edimburgo; y ante los nuevos y grandes peligros que les amenazaban, los escoceses reformistas imploraron el auxilio de Isabel.

Durante mucho tiempo, estuvo la reina de Inglaterra indecisa sin saber qué camino seguir: el calvinismo escocés no merecía sus simpatías, y Knox especialmente la habia ofendido profundamente en su libro titulado: «Trompetazo contra el monstruoso gobierno de las mujeres»; así en definitiva, no fueron sus inclinaciones protestantes las que la decidieron á intervenir en la lucha, sino la consideracion de que en



John Knox, facsimile de un grabado en cobre de H. Hondius el Joven (1580-1644)

Escocia no debía tolerarse por mas tiempo la dominacion francesa, y de que antes por el contrario debía someterse aquel país á la influencia de Inglaterra. Además María Estuardo la habia mortificado y amenazado gravemente, pues desde el momento en que se declaró ilegítimo el nacimiento de Isabel, María habia tomado para sí y para su esposo Francisco, además del título de reina de Francia y de Escocia, el de soberana de Inglaterra é Irlanda, en cuya consecuencia existia entre ambas princesas un odio implacable.

Así fué que Isabel firmó en Berwick con el lord escocés rebelde una alianza ofensiva y defensiva para arrojar de Escocia á los franceses: los buques y soldados ingleses arrojaron á estos de todas partes y los encerraron por fin con la regente en Leith. María de Guisa, privada de todo poder, encontró asilo en la fortaleza de Edimburgo, gracias á la compasion del gobernador, y murió víctima de una hidropesia, en 10 de junio de 1560.

Su muerte fué la señal de la completa victoria de la Reforma y de Inglaterra. Los dos esposos franceses estaban entonces harto ocupados con los asuntos de su patria, entre los cuales señalaremos el del tumulto de Amboise, para fijar su atencion en los de Escocia. Sus embajadores firmaron pocas semanas despues con el lord y con Isabel el tratado de Edimburgo que anulaba no solo toda la influencia francesa, sino el poder gubernativo de María Estuardo, en Escocia, debiendo, en su consecuencia, María y Francisco renunciar para siempre á las armas y título de reyes de Inglaterra.

El partido vencedor se apresuró á sacar el mayor provecho de la victoria obtenida, adelantándose aun á los deseos de la misma Isabel. El Parlamento reunido en Edimburgo publicó una profesion de fe calvinista (agosto de 1560) y prohibió la celebracion de la misa bajo severas penas que, en caso de reincidencia, podian llegar hasta la muerte del transgresor de la ley. Todos los conventos fueron destruidos; pero los

pastores que solicitaron se destinara una parte de los bienes eclesiásticos á la dotacion de curatos y pobres y á la creacion de escuelas, vieron rechazadas sus pretensiones; porque los nobles despues de devastar infamemente los edificios y tesoros artísticos, se apoderaron de todas las propiedades de la Iglesia. La intolerancia y el egoismo fueron los rasgos que caracterizaron la victoria de la Reforma en Escocia.

Estos acontecimientos lastimaron profundamente los sentimientos monárquicos y religiosos de la reina de Escocia que contaba entonces diez y ocho años.

María Estuardo habia sido educada en la corte francesa, segun las tendencias á la sazón allí predominantes; conocia los mas importantes idiomas modernos y comprendia tambien perfectamente los autores latinos. Criada entre artistas y poetas, aprendió á estimar el talento (1). Sus pequeñas



Moneda de plata con el busto de María Estuardo

creaciones poéticas, que realmente se distinguen por la verdad del sentimiento poético y la sencillez y naturalidad de la expresion, eran no menos notables que su belleza y atractivos personales y su aptitud para la equitacion y el baile. Su modo de hablar y su estilo epistolar eran animados y castizos. Su carácter no se presenta, sin embargo, tan simpático; pues aun cuando exteriormente se mostraba un tanto devota, la licenciosa corte de los Valois daba mucho campo á sus caprichos y pasiones. Sus mismos adversarios alababan su clara inteligencia y su buen juicio, cualidades gracias á las cuales podia llegar algun día á ser peligrosa para Inglaterra (2). Cuando, despues de dos años de matrimonio sin sucesion, murió su joven esposo, siguió viviendo por algun tiempo en Francia, temerosa sin duda de los peligros é iniquidades que la esperaban, á ella joven de diez y nueve años, en Escocia, que se encontraba entonces presa de disturbios y falta de leyes, y que era en su mayor parte calvinista. María se negó tenazmente á ratificar el tratado de Edimburgo; sin embargo, cuando en agosto de 1561 pasó á Escocia, se portó con extraordinaria habilidad é incontestable cordura, buscando su principal apoyo en su hermanastro, el protestante conde Murray. Por lo que á su persona y á su corte se referia, supo defender audazmente y con éxito la libertad de conciencia y de culto, á pesar del fanatismo de un Knox y de los partidarios de este, pero, reconociendo como base de su gobierno el estado de la cuestion de la reforma en Escocia, formó su Consejo casi exclusivamente con individuos de la nobleza calvinista. Con el objeto de reconciliarse con Isabel, abandonó el título y escudo de

(1) A. Gaedeke, *María Estuardo* (Heidelberg 1879), pág. 7.—Relacion completa de los escritos hasta entonces publicados acerca de María Estuardo: Jules Gauthier, *Historia de María Estuardo* (Paris 1869), I. Introduccion. Desde esta fecha *María Estuardo* de Chanteluz (Paris 1876), obra que es principalmente la historia del último proceso, escrita en vista de obras anteriormente publicadas, y en un sentido favorable á María; y otras muchas obras que se irán citando.

(2) El embajador inglés Throgmorton en el Consejo privado, 6-9 diciembre de 1560: *Calendar of State papers, Foreign series, Elizabeth II* (Londres 1865).

Inglaterra, y procuró mantener con aquella soberana amistosas relaciones. Una vez puesta en este camino, fué tan adelante que los lores católicos de Escocia dirigidos por Hamilton y Gordon se levantaron en armas contra el gobierno de María, si bien al poco tiempo fueron vencidos en una campaña en la cual la reina en persona tomó parte. María se mostraba activa en todo, así en la guerra como en el Consejo, y no se la puede censurar porque siendo joven, viva y alegre, interrumpiera alguna vez los cuidados del gobierno para entregarse á los placeres de la caza ó para organizar espléndidas fiestas, bailes y mascaradas, lo cual disgustaba en extremo á los sombríos presbiterianos (3). Vivacidad, patriotismo, talento político, disposiciones poéticas, todo parecia reunirse en la hermosa y joven princesa.

La cuestion de matrimonio arrojó una sombra en el espléndido presente y en el porvenir de María.

Habiendo declarado Isabel que no queria tomar esposo, era cuestion importante, no solo para Escocia, sino tambien para Inglaterra la de un nuevo enlace de María que era la natural heredera de toda la Gran Bretaña. Propusieron como candidatos D. Carlos de España y otro príncipe de la casa de Austria, pero estos planes fracasaron ante la oposicion de Isabel, que no queria ver sujeta Inglaterra á la política universal de la casa de Habsburgo ni al catolicismo. El gobierno inglés y todo el partido protestante de Escocia deseaban ardientemente dar á su reina un esposo procedente de la aristocracia protestante inglesa ó escocesa. Entre tanto, María estaba disgustada por la intervencion principal de Inglaterra en la cuestion de su matrimonio, lo cual hizo que en ella la pasion venciera desgraciadamente á la prudencia, decidiéndose su inflamable corazón por un católico, por un hermoso joven, Enrique Estuardo, lord Darley (4), primo suyo y pariente, además, de la Tudor. Las bodas se celebraron en 29 de julio de 1565, á pesar de la resistancia de los protestantes escoceses, de la reina Isabel y aun de la familia real de Francia. ¡Funesto acontecimiento! Darley obtuvo, si no el poder, el título de rey. Murray se colocó entonces al frente de un levantamiento protestante, siendo auxiliado pecuniariamente, aunque no lo bastante, por Isabel. María, con su dulzura y habilidad y tambien con sus atractivos de belleza, habia sabido granjearse gran número de partidarios; así es que los sublevados fueron derrotados y sus jefes, incluso Murray, se vieron obligados á huir á Inglaterra. Felipe II de España, que vió con satisfaccion á la reina escocesa separada de Francia, la prometió su apoyo en todas ocasiones.

Estos acontecimientos trajeron consigo un cambio radical en la política interior y exterior de María, cambio que á la larga habia de ser de funestas consecuencias para ella. Hacia un año que habia concedido su favor á un agente pagado por el Papa, el piemontés David Riccio, que supo introducirse en la corte como músico y paje. A pesar de los rumores que entonces circularon relativos á unos amores entre la reina y Riccio, no parece probable que existieran relaciones criminales entre María y el paje, joven poco agraciado, y mas bien feo. Lo que consta por cierto es que este

(3) Raumer, *Cartas de Paris*, II, 88. Memoria del embajador francés en Edimburgo, Foy, 1564.—Cartas de Randolph á Cecil, 1 abril y 13 junio de 1563. Raumer, *Isabel y María Estuardo* (Leipzig 1830), pág. 30. No hay que decir que la obra de Raumer es harto parcial contra María.

(4) Este es el verdadero nombre y no Darnley; E. Bekker, *María Estuardo, Darley, Bothwell* (Giesen 1881) pág. II, nota. Petrick, *Las cartas de la reina María Estuardo* (Leipzig 1873) pág. 5.—El mismo embajador inglés Randolph escribe Darlie, *Cal. of State papers, F. S. Elizabeth*, VI, 55.

supo captarse por entero la confianza de la reina. Nombrado primeramente su secretario privado y luego secretario de Estado, consiguió aliar a María con el Papa y con España; y envanecido por su prematura victoria, esperó no solo vencer el protestantismo en Escocia, sino también, con el auxilio de esta potencia y de los muchos católicos ingleses, marchar sobre Londres y restablecer la unidad de la Gran Bretaña en favor suyo y en provecho del catolicismo. Además creyó conseguir el triunfo del poder absoluto de la reina sobre la rebelde nobleza protestante y sobre la burguesía. En la corte misma de Isabel, existían traidores vendidos a la causa de Escocia; Irlanda estaba también sublevada en pro del catolicismo; el Papa había prometido su apoyo «mientras pudiera disponer de un cáliz» y Felipe II y los Guisais apoyaban con ardor el movimiento. De esta suerte, las personas de María Estuardo y de Isabel Tudor, símbolos de los dos grandes partidos opuestos de aquel tiempo, entraron en lucha en las Islas Británicas, lucha desigual, porque de parte de la reina de Inglaterra estaban fuerzas más considerables y el talento y astucia de una diplomacia desconsiderada.

María fué la que dió el primer paso para llevar a cabo sus planes. En efecto, en marzo del año 1566 convocó un Parlamento, donde el clero católico recobró su antigua situación, y que estaba destinado a catolizar toda la vida oficial. Entonces la reina encontró resistencia por un lado en que no había fijado su atención.

Darley, joven frívolo, fatuo, inepto, falto de carácter y entregado a toda clase de excesos (1), solicitaba repetidamente de su esposa que le concediera una participación legal y completa en el poder supremo. María, cuyo amor hacía su esposo se había ido enfriando, desde que conoció lo poco que valía, se negó resueltamente a acceder a tal demanda, y Darley atribuyendo su negativa a la influencia que ejercía en el ánimo de su esposa el entonces omnipotente Riccio, decidió quitar de en medio aquel estorbo. Para ello se unió con la oposición protestante, la cual bajo la promesa de Darley de pasarse al calvinismo, consintió en procurar a este la victoria sobre la corriente contraria. Los conjurados, al frente de los cuales se encontraban el poderoso Ruthven, el sombrío Morton y el inteligente Murray, consideraban su proyecto como una necesidad justa para salvar el Estado y la religión (2). Los mismos pastores Knox y Craig lo aprobaban (3): estos querían propiamente formar un proceso jurídico contra Riccio, pero la crueldad y la ambición de Darley, que prometió cubrirlos a todos con su autoridad, fueron causa de hechos violentos (4). Isabel conocía todos estos planes.

Los conjurados atacaron a Riccio en el propio cuarto de la reina, la cual se encontraba entonces en el sexto mes de su embarazo, y a la vista de ella le asestaron el primer golpe, sacándole luego al vestíbulo, donde cincuenta puñaladas pusieron término a su vida.

Este crimen trajo consigo un cambio completo en la corte escocesa; la reina fué tratada desde entonces como prisionera; los lores fugitivos, entre los cuales se encontraba Murray, regresaron a Edimburgo, y el culto católico fué prohibido en todo el país.

Pero María mostró, en esta ocasión, tanta astucia como energía, proponiéndose, ante todo, introducir la división entre sus adversarios. También supo atraerse nuevamente al

(1) Burton, IV, 137.

(2) Morton y Ruthven a Cecil, 2 abril de 1566; *Cal. of State pap.* VII, 43.

(3) Así lo cuenta el inglés Redford: *Cal. of State pap.* VII, 35.

(4) Morton y Ruthven a Cecil, 27 marzo de 1567. *Cal. of State pap.* VII, 40.

infeliz Darley, con el cual huyó del castillo de Edimburgo, y después de una desesperada carrera y a pesar de su estado corporal encontró un asilo seguro. Los lores católicos, los partidarios personales de la princesa y la familia de Darley se alzaron pronto en armas, uniéndoseles Murray y otros adversarios, y los asesinos de Riccio tuvieron que buscar su salvación en la fuga. María entró de nuevo triunfante en Edimburgo, donde pocas semanas después dió a luz un niño, un heredero del trono de Escocia y de Inglaterra. Estos sucesos dieron a la reina gran importancia conquistándole una elevada posición en ambos países.

María se rodeó de católicos y de los lores protestantes adictos a su causa. La liga católica y sobre todo los emisarios del Papa la excitaban de continuo a que utilizara su triunfo para aniquilar a los caudillos protestantes, para robustecer de nuevo el catolicismo y para conseguir una soberanía absoluta y estable (5); pero María retrocedió siempre ante los medios violentos, procurando más bien sostenerse en una situación intermedia aunque preponderante, y trabajando con Isabel amistosas relaciones. Entre tanto se aumentaba la tirantez de las que llevaba con su esposo; Darley no solo vió perdidos para él los frutos del asesinato cometido en la persona de Riccio, sino que se encontró tratado con ostensible menosprecio por su esposa que, después de haberse servido de él, continuó odiándole del mismo modo que antes. Además de esto veíase de continuo amenazado por algunos de los conjurados a quienes había hecho traición y que habían reconquistado el favor de la reina. A consecuencia de todo esto, se alejó por algunos meses de la corte. Una funesta oposición nació entonces entre él y los que dirigían el gobierno de María, oposición que tomó mayores proporciones cuando la reina, para celebrar el bautizo de su hijo, indultó a los asesinos de Riccio. María mostró entonces más aversión hacia su marido que había desempeñado un papel muy bajo; dió cuenta a los caudillos de la nobleza protestante, especialmente a Murray, de los designios criminales que hacía ellos abrigaba Darley y excitó, con toda intención, la cólera de aquellos contra este (6), llegando a hablarles del divorcio. El partidario personal y hasta entonces el más fiel amigo de la reina, el conde Bothwell, uniéndose, en Graimillar, con algunos lores protestantes contra Darley, proponiéndose no retroceder ni aun ante el asesinato. María Estuardo no pareció formalmente iniciada en este plan; pero es indudable que tuvo noticia, por las indicaciones de los conjurados, de que estos querían de un modo ó de otro librarla de su marido.

En los posteriores acontecimientos desempeñó el principal papel un hombre que debía ser funesto para María, y que había de empañar su fama en la posteridad: tal fué Bothwell.

Jaime Hepburn Carlos Bothwell contaba entonces treinta años; de elevada estatura y fuerza extraordinaria, dotado de un valor decidido y aventurero, se impuso por estas cualidades físicas y morales a la joven reina, hacia la cual mostró gran adhesión, aun en medio de sus males y tormentos personales. Por haberse mantenido fiel al partido de la reina, estuvo preso luengos años en Escocia y en Inglaterra, y en 1565 tuvo que huir de su patria. Esto produjo gran impresión en el sensible ánimo de María; Bothwell lo sabía perfectamente, y astuto y osado, concibió el atrevido plan de, una vez descartado Darley, casarse con la reina y hacerse señor de Escocia (7). Y no era que sintiese por la reina un

(5) El Nuncio en Francia a Grossh. Cosmus, I, 16 de marzo de 1567. Labanof VII, 105.

(6) Bedford a Isabel; Raumer, *Isabel y María*, 119.

(7) E. Bekker, en la obra indicada, ha demostrado completamente

amor verdadero, pues a quien realmente amaba era a su joven esposa, sino que quería por medio de ella elevarse al poder supremo, es decir, sentarse en el trono. Para realizar tan atrevido propósito se unió, en Graimillar, con los asesinos de Riccio que hasta entonces habían sido sus mortales enemigos.

Sin embargo, al comenzar el año 1567, María se reconcilió con Darley, dejando por lo mismo de temer su venganza y la de la nobleza, y volvió con él a Edimburgo. Hase culpado a la reina por haber así atraído al infeliz a su perdición, y es probable que María para evitar la enemistad de la familia de su esposo, los poderosos Lennox, procurase reconquistarse sus simpatías, dejando a la suerte el desenlace de las cosas, sin curarse del porvenir. Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que, en la tarde del 9 de febrero de 1567, cuando se despidió la reina de su esposo para asistir a las bodas de una de las damas de su corte, Darley fué asesinado por los conjurados (1) en el jardín de su palacio. Con esto se quiso llevar a cabo una especie de asesinato público para poner en evidencia la complicidad de la reina en tan criminal empresa, y por ello se escogió una manera tan pública y notoria de cometer el crimen.

María no se mostró desconsolada por la muerte de su esposo, pues si bien se mantuvo retirada por algunos días, como lo exigían las circunstancias, hasta que el cadáver del infeliz Darley fué enterrado a toda prisa y sin pompa alguna, en cambio ella que en anteriores y posteriores ocasiones había sabido tan hábilmente deshacerse de sus enemigos y que tantos viajes emprendía, permaneció en contacto con los asesinos de su marido, llegando hasta el punto de confiar a Bothwell y a Huntly la tutela del joven príncipe Jacobo. Muchas semanas trascurrieron sin que se diera paso alguno contra los culpables, especialmente contra Bothwell, a quien la opinión pública señalaba cada día más como principal causante de aquel crimen. ¡Cuán distinta había sido la conducta observada por María respecto de sus verdaderos adversarios!

Las exhortaciones y acusaciones que de todos, incluso

la imposibilidad de que sean auténticas las llamadas *Cartas privadas* (ya puestas en duda por Hosack, Morris, Chantelanz y otros), ó sean las cartas amorosas de María Estuardo a Bothwell, por más que no todos los argumentos aducidos sean de igual fuerza. El trabajo de Harry Bresslau *Las cartas privadas de la reina María Estuardo* (*Almanaque histórico*, serie 6, parte I, 1882, pág. 1 a 92) no me ha dejado duda alguna en este punto, a pesar de que el coleccionador francés publica cuatro de estas cartas. Cuantos conozcan el francés reconocerán que María no pudo emplear expresiones como *rompre sa promesse* ó *le bien composer de ceux*, etc., y que por lo mismo las pretendidas copias del original francés de María son más bien traducciones de falsificaciones escocesas. Los fundamentos con que Bresslau pretende demostrar estas singularidades é imposibilidades que contra la legitimidad de las cartas se han presentado, son muy artificiosos. Además, reconociendo como reconoce la legitimidad de una de esas cartas, la segunda que es por cierto la más importante y la que más compromete a María, faltan argumentos positivos para demostrar la autenticidad de las demás. Así es que, dada sobre todo la particularidad de la *mise en scene* que siguió al descubrimiento y apreciación de toda la colección, puede ocurrir ser cierta la hipótesis de que los que falsearon una carta pudieron inventar las demás. La comparación que establece Bresslau, en la página 37, entre las expresiones de las cartas privadas y las de cartas auténticas de María, nada prueba, por cuanto se refieren a expresiones muy vulgares y comunes. En la obra de Bresslau he notado otras muchas inexactitudes, como el fijar en enero de 1567 la huida de María de Edimburgo. El mismo Gaedecke, que considera culpable a María, confiesa (pág. 389 y 103 nota 2) que los enemigos contemporáneos de esta eran muy diestros en las falsificaciones y que habían llegado a introducir las de las propias cartas de la reina. ¿Dónde está, pues, el criterio que ha de distinguir lo verdadero de lo falso? Y sin embargo, en estas cartas ha distinguido verse el fundamento de relaciones adulterinas entre María Estuardo y Bothwell.

(1) Bothwell y sus gentes y otros: Bekker, pág. 46.

sus amigos, recibía María, fueron tan graves, que hubo de comprender la necesidad de hacer algo para acallar el general descontento. En su consecuencia, hizo acusar a Bothwell a quien mandó comparecer ante un tribunal extraordinario. Todo ello, sin embargo, no fué más que una comedia indigna, pues el tribunal se componía de partidarios del acusado; así fué que no se dió oídos a los acusadores y el asunto se llevó con gran precipitación, siendo, como es de suponer, absuelto Bothwell de toda culpa.

Bothwell dominaba, por el contrario, toda la situación, siendo probable que él, hombre poderoso y enérgico, se hiciera por entonces recomendable y aceptable como esposo a los ojos de la reina. Solo teniendo en cuenta esa influencia que ejercía, se comprende que los conjurados cómplices de Bothwell, se uniesen en la taberna de Ainslies para proteger y conseguir matrimonio tan indigno, ellos que antes habían sido encarnizados adversarios del valido. Y aquel hecho inaudito se llevó a cabo; María, fascinada por las gracias corporales é intelectuales de Carlos y por la aparente influencia que ejercía sobre la alta nobleza, dió tan inexcusable paso. Con gran descontento de todo el pueblo y a pesar de la oposición de sus mejores amigos, dejóse robar al parecer (2) por Bothwell, que bajo fútiles pretextos se había divorciado de su mujer, y se casó con él en 15 de mayo de 1567, tres meses después del asesinato de Darley, sin que pudieran convencerla ni las súplicas de los embajadores franceses, ni el alejamiento de sus más acérrimos partidarios de la alta aristocracia.

El castigo de toda esta serie de crímenes y locuras no se hizo esperar. Bothwell, nombrado duque de Orkney y encargado de la dirección del gobierno, mostró claramente cuán poco apreciaba la persona de María: hízola sufrir los peores tratamientos; la incomunicó de todo trato, como verdadera prisionera, y visitó con frecuencia a su antigua esposa. A todo esto se agregaban las maldiciones de todo el pueblo contra la reina, la cual comprendiendo, aunque harlo tarde, el abismo en que se había precipitado, lloraba todo el día y pedía un puñal para darse la muerte (3).

Pero el arrepentimiento vino demasiado tarde. Casi toda la nobleza formó contra la tiranía del odiado Bothwell una liga que naturalmente debió también dirigirse contra María, la cual reunió un pequeño ejército poniéndose en persona al frente de él para atacar a los sublevados; pero cuando se aprestaba la reina a librar batalla en las cercanías de la capital, la mayor parte de sus soldados se pasaron al opuesto bando. Bothwell huyó y María tuvo que entregarse a los rebeldes que la trataron como prisionera (junio de 1567). Bothwell anduvo errante por algunos meses en Escocia recorriendo las islas de Orkney y Shetland; pero acosado por sus enemigos, huyó en un buque hacia Francia. Una tempestad le arrojó a las playas de Noruega donde las autoridades danesas, á instancias del gobierno escocés, le hicieron prisionero, haciéndole sufrir un cautiverio poco riguroso en el castillo de Malmoe. Bothwell murió en 1578 en otro castillo, como prisionero de Estado. Todas las narraciones de la vida

(2) Las debatidas cartas dirigidas a Bothwell no son las únicas pruebas que podrían demostrar el consentimiento de la reina en el rapto: esta intención era ya conocida por muchos antes de ser realizada, pues un soldado de Bothwell manifestó a un paje de la reina «que todo había sido de antemano convenido con ésta». Froude IX, 63. Burton IV, 216. Los argumentos íntimos de Bekker (pág. 104) no son aceptables. Es evidente que María Estuardo, que tantas pruebas de energía, de valor y de fuerza de voluntad dió después en su prision, no se hubiese dejado obligar por tan ridícula sorpresa á casarse con Bothwell si este no hubiese sido su deseo.

(3) Relación del embajador francés du Crocq; Raumer, *Cartas de París*, II, 96.

de pirata que llevó en las aguas septentrionales son enteramente fabulosas (1).

María, entre tanto, había sido encerrada en el castillo de Lochleven, rodeado de agua por todas partes. En vano Isabel se interesó por su allegada, cuya conducta reprobaba fundada en consideraciones monárquicas; la amenaza de que Escocia podía impetrar el auxilio de la Francia acalló los sentimientos de Isabel. El partido protestante, dirigido por Knox, pactó estrecha alianza con los lores victoriosos, los cuales, bajo la amenaza de procesar á María como asesina de su esposo (proceso cuya solución no era dudosa, dada la parcialidad de los tribunales escoceses), obligaron á la reina á abdicar *espontáneamente* y proclamaron rey á Jacobo VI que contaba á la sazón un año. Murray, nombrado regente durante la menor edad de su sobrino, se condujo con energía y habilidad, y restableció la paz y la preponderancia del protestantismo en todo el país. Entonces se organizó definitivamente la Iglesia escocesa, á tenor del «libro disciplinario» aprobado por el Parlamento en 1561, y sobre fundamentos democrático-republicanos. Junto á los pastores (*Clergy-Elders*) se nombraron seglares (*Ruling-Elders*) para la administración de los municipios. El sacerdote era elegido por el pueblo, y su influencia era tal que se hacía á su voluntad la renovación anual del Colegio de los ancianos. Diez superintendentes, domiciliados en otras tantas diócesis, tenían á su cargo la inspección sobre la vida religiosa, especialmente de los sacerdotes, á pesar de lo cual su poder era muy limitado y no podía compararse con el de los obispos. Los sacerdotes y ancianos de cada superintendencia formaban un sínodo provincial; y estos pequeños círculos se unían con el presbiterio, nombre que se dió y se conserva como distintivo de toda la Iglesia. De cuando en cuando, se reunía una Asamblea general compuesta de delegados de todos los sacerdotes y colegios de ancianos.

Esta Constitución ofrece, pues, una mezcla hábil de libertad municipal y de influencia del sacerdote; pero el ardor religioso concentró el poder principal en manos de un clero celoso. Estas autoridades eclesiásticas, semi-religiosas, semi-democráticas, ejercieron muy pronto una poderosa y casi exclusiva influencia, y sin temer á los lores ni á la monarquía les hacían frente y llegaban hasta atacarles. El espíritu del calvinismo se enseñoreó por completo de Escocia. Inmediatamente después de la derrota de María en 1567, comenzaron las Asambleas eclesiásticas á ejercer una severa censura sobre los seglares, á regular la prensa y á llevar á sus tribunales los procesos que se referían á creencias y á brujerías. Personajes poderosos como el conde y la condesa de Argyle tuvieron que hacer penitencia pública por faltas religiosas. De esta suerte, se formó y adquirió gran incremento, apoyada por Murray, la fanática, intolerante y dominadora Iglesia escocesa (*Kirk of Scotland*).

El regente, durante cuyo gobierno su hermana María no tuvo que temer por su vida, supo rechazar con energía las pretensiones de intervención que mostraba Isabel.

A María se le hicieron insufribles la uniformidad y la vergüenza de la prisión: sus atractivos y la belleza que aun conservaba despertaron el amor de uno de sus carceleros, con cuya ayuda huyó en mayo de 1568.

La nobleza escocesa no podía soportar ningún gobierno energético; de suerte que el de Murray la descontentaba en extremo; por ello, en su mayoría, se pasó al bando de María; pero el regente no perdió su serenidad ante la inminencia del peligro, y al frente de sus tropas, inferiores en número, pero mas aguerridas y mejor armadas que las de la reina, se

lanzaron audazmente contra los rebeldes, logrando derrotarlos por completo en Langside.

Todavía podía defenderse María en las comarcas del Sur de Escocia adictas por completo á su causa; pero no tenía ganas de pelear en condiciones desfavorables con sus adversarios, y esperaba conseguir el auxilio de Isabel que, de todos los soberanos reinantes, era la que mas amiga se le había mostrado en los últimos años. En esta esperanza, desembarcó en 16 de mayo de 1568 en las cercanías de Carlisle, en las costas de Inglaterra, habiendo hecho el viaje en una lancha pescadora.

Isabel había ya ofrecido antes á la reina escocesa un asilo en Inglaterra, y aun entonces quiso acoger dignamente á la fugitiva; pero su consejo privado influido por Cecil, se opuso á ello.

Por aquel tiempo, el catolicismo triunfaba de sus adversarios en el continente; los españoles, á las órdenes del duque de Alba, los derrotaban y perseguían en los Países Bajos, y los franceses conducidos por el de Anjou hacían lo propio en su reino. En vista de esto, ¿era prudente auxiliar con tropas inglesas en Escocia á María Estuardo, para que nuevamente triunfara en aquel país el catolicismo, y de allí pasara á Inglaterra? Sériamente no había que pensar en tal contingencia, pero no pareció menos peligroso enviar á María á Francia, cuyo joven monarca la hubiera facilitado tropas para vencer por completo á los hugonotes, con lo cual la Escocia hubiera quedado sometida á la influencia francesa, aumentando así los peligros con que temía verse amenazada la Inglaterra. En esta nación, se creía arriesgado dejarla partir en libertad, pues desde que corrió la noticia de su llegada habíase efectuado entre los lores católicos del Norte un movimiento en su favor: así es que debía evitarse que el numeroso partido católico inglés se agrupase en torno de la reina de Escocia. Todos los adictos á Isabel se apresuraron á poner ante su consideración esta contingencia (2). En su consecuencia ateniéndose mas á las leyes de la política que á las del derecho y del honor, se acordó poner presa á la infeliz reina.

La conducta que en esta ocasión observó Isabel fué infame y de mala fe. Además, en vez de declarar abiertamente los fundamentos que la habían movido á observarla y de justificar por la necesidad la injusticia patente que cometía con una soberana, con una fugitiva política, aduló servilmente á la prisionera, y procuró obtener de ella que confiara al arbitrio del gobierno inglés la cuestión que entre ella y sus súbditos se había suscitado. Con esto esperaba Isabel tener en todas ocasiones en sus manos la solución del conflicto, hacer palpable jurídicamente el delito de María, é inutilizarla para siempre. Cuando Murray entró en negociaciones con su hermana, para conseguir de ella la abdicación definitiva de sus derechos al trono, á cambio de lo cual desistiría él de toda acusación contra ella, supo Isabel, con su astuta y páfida diplomacia, impedir una reconciliación que la privaba de todo pretexto para continuar teniendo á María como prisionera. En efecto, propaló la noticia de que el regente había lanzado la acusación pública contra su hermana y procuró demostrarlo con documentos falsos; y como María se negara á contestar á la supuesta acusación porque, á fuer de soberana, solo debía responder ante el tribunal de Dios, apareció realmente culpable del delito que se le imputaba. De esta suerte, Isabel, á pesar de todas las súplicas de su *buena hermana* para que la pusiese en libertad, tuvo un pretexto para retener prisionera á la reina escocesa.

Este indigno proceder usó contra la joven y hermosa

princesa, que había sabido con energía hacer frente á los acontecimientos, conquistó á esta muchas simpatías, especialmente las de sus correligionarios entre la aristocracia del Norte de Inglaterra. Al frente de estos, se encontraba Tomás Howard, duque de Norfolk, que á pesar de su nombre protestante, era el noble mas digno y rico del reino, y que concibió el proyecto de ser el cuarto marido de María y hacerse de este modo rey de Escocia y aun de Inglaterra. Todo estaba preparado para un gran levantamiento en favor de María (1569), pero Norfolk, vacilante y pusilánime, se delató en el momento decisivo á su propia reina; así fué que cuando los demás caudillos de la conjuración se lanzaron al campo, fueron fácilmente vencidos y se vieron obligados á huir á Escocia. Isabel y su general Carlos Sussex se vengaron cruelmente en los partidarios de los fugitivos, siendo ahorcados, sin formalidad alguna, millares de servidores y parientes de aquellos nobles, y confiscados los bienes de todas las personas sospechosas.

Hasta entonces, Isabel se había mostrado benigna para con sus súbditos católicos, tratándolos con dulzura y hasta con cierta preferencia; pero desde aquel momento (y este fué para ella el castigo del injusto proceder seguido con María Estuardo) declaróse la guerra entre ella y los católicos, guerra que por espacio de veinte años tuvo en inminente peligro y llenó de constante temor á la reina de Inglaterra. A petición de los lores católicos vencidos, lanzó el papa Pio V en 25 de febrero de 1570 la bula de excomunión contra Isabel: con ella quedaban los súbditos de esta libres del juramento de fidelidad, y, lo que es mas, se les amenazaba con igual pena si prestaban obediencia al gobierno hereje. Esta era una declaración formal de guerra entre la Iglesia romana y la reina de Inglaterra, y desde entonces todo católico inglés fué tenido por sublevado. La situación de Isabel se hacía cada vez mas difícil; Francia abrazó desde luego el partido del papa y de María Estuardo, y en la misma corte de la reina se manifestaban abiertamente simpatías por los católicos. La bula había producido una impresión profunda en una gran parte del pueblo inglés. Todos los vacilantes dieron entonces público testimonio de sus creencias católicas y en todas las comarcas del país se restableció el culto católico, siendo estas al propio tiempo otros tantos focos de hostilidad y rebelión contra Isabel Tudor.

Casi por aquel mismo tiempo (enero de 1570), fué asesinado en Escocia el regente Murray, siguiendo á este hecho un levantamiento general contra el partido calvinista, entonces dominante, levantamiento que por un instante se enseñoreó del país y que llegó á embarcar tropas para invadir la Inglaterra. María Estuardo, la prisionera de Isabel, fué proclamada reina de Escocia. Ciertamente que en los distritos meridionales de esta nación los soldados ingleses lograron restablecer el gobierno del partido contrario á María, pero en los del Norte la causa de esta preponderaba.

De día en día se hacía mas imposible mantenerse en una situación intermedia, en aquella época de pasiones y de sobreexcitaciones. Isabel había acariciado la esperanza de conservarse en ella entre los católicos y protestantes, y de poder así mantener la paz; pero pronto conoció la imposibilidad de este sistema, pues que cada vez se agriaba mas la contienda entre los dos partidos. Inglaterra, en su consecuencia, tuvo que decidirse por la separación completa del catolicismo. John Felton, portador de la bula pontificia, fué ahorcado por traidor á su patria, y el Parlamento del año 1571 tomó una multitud de acuerdos que tendían á robustecer el carácter protestante de la Iglesia anglicana y á combatir al catolicismo. Los treinta y nueve artículos votados fueron impuestos á todos los sacerdotes. Cecil, elevado á la

dignidad de lord Burghley, decía: «La libertad de conciencia es, en general, cosa excelente, pero despues del paso que ha dado el Papa, la religion se ha convertido en una cuestión política. El Estado se encuentra en peligro y el trono de la reina se conmueve (1).» Todo el que trataba á la reina de hereje ó tirana, ó que ponía en duda la legitimidad de su soberanía era declarado reo de alta traición; y el que hablase de un heredero de la corona era castigado con la confiscación y el destierro. La introducción de una bula pontificia en Inglaterra y el ingreso en la Iglesia romana eran asimismo considerados y castigados como alta traición.

A esta conducta enérgica y resuelta en el interior correspondió la política exterior. Isabel había procurado hasta entonces mantenerse en alianza con España, con gran descontento de Cecil, que ya pensaba hacer de Inglaterra el adalid del protestantismo en Europa y ponerla al frente de todos los Estados y partidos reformados. Pero el apasionamiento siempre creciente de su pueblo, las atrevidas empresas de los corsarios ingleses contra las colonias españolas, su propia codicia que exigía una gran participación en el botín de cada navegante, su oposición al partido católico de Inglaterra y Escocia, y el apoyo que á esta ofrecía Felipe, todo contribuyó á que Isabel se adhiriera cada vez mas á la causa sostenida por Cecil, de suerte que Inglaterra, conforme á los deseos de los mas fanáticos calvinistas, llegó á ser la cabeza del protestantismo en Europa.

No es, pues, de extrañar que los ingleses católicos se viesen á su vez obligados, por tales arbitrariedades, á sostener una lucha encarnizada contra el gobierno de su patria y contra la persona de la misma reina.

Los descontentos encontraron un jefe en María Estuardo, la cual, fundándose en la ley de la necesidad, trabajaba sin descanso para obtener su libertad y para conseguir con ella el castigo de la soberana que tan injustamente la había retenido prisionera. Para este objeto se unió con Norfolk, el cual, á pesar de todas sus promesas, no había desistido de su intento de casarse con la escocesa; España y el Papa acudieron á su auxilio: sin embargo, por causa de la lentitud que Felipe II puso, según su costumbre, en tomar una resolución, y también por los esfuerzos de la policía secreta de Burghley, hábilmente organizada, fueron descubiertos los planes de los sediciosos, y el gobierno procedió entonces con energía y severidad, de suerte que, además de la ejecución de muchos agentes de segunda fila, Norfolk fué condenado á muerte y ejecutado en mayo del año 1572.

Después de esta triste experiencia de la hostilidad implacable que existía entre María Estuardo é Isabel, la reina de Inglaterra envió nuevas fuerzas á Escocia, donde los partidarios de la reina prisionera amenazaban conseguir la preponderancia. Por su intervención se firmó entre los partidos beligerantes una paz funesta para María, á fin de proceder á la elección de regente que recayó en el protestante conde Mar, enemigo de la reina escocesa. Isabel quiso también vengarse de Felipe, y á este efecto protegió desde 1572 á los rebeldes de los Países Bajos.

La corte pontificia y el papa Gregorio XIII reconocieron desde luego en Isabel el mas peligroso enemigo del catolicismo, á quien era preciso combatir por todos los medios posibles. Gregorio había tenido muy buen cuidado de procurar un apoyo en el extranjero á la segunda conjuración de Norfolk, y mediante su asentimiento, otorgó María Estuardo en 1577 un testamento, en el cual desheredaba á su hijo Jacobo VI si no volvía á las verdaderas creencias, dejando en este caso la corona de Escocia y de Inglaterra al rey de

(1) Froude, X, 196.

(1) Federico Schiern, *Nyerz historiske Studier*, I. (Copenhague 1875.)

(2) *Cal. of State pap.* VII, 465.